

ta el grado de jefe de batallón ó de escuadrón, á hacer nombramientos y promociones en la Legión de Honor, y á conferir la medalla militar. Varias veces el sonido de las músicas guerreras fué dominado por el estruendo del cañón de los rusos. «Esta revista, pasada en presencia del enemigo, escribió un testigo ocular, el general Fay; esas recompensas distribuídas á intrépidos soldados en una tierra donde tantos debían morir, esas aclamaciones de nuestras tropas, mezclándose con el sordo estampido del cañón de la plaza, todo, en fin, comunicaba á la distribución de recompensas un carácter de grandiosidad que impresionó vivamente á nuestros aliados, produciendo una noble emoción en todos aquellos que tomaron parte en el acto.» Los generales Forey y Bosquet distribuyeron las cruces, cada cual para su cuerpo de ejército, en nombre del general en jefe. El general Bosquet puso él mismo la cruz sobre el pecho del abate Stalter, capellán militar. Después el general Canrobert recorrió las filas y dió gracias á las tropas en nombre de Francia y del emperador. Así es como en París y delante de Sebastopol terminó el año 1854 con revistas y músicas.

XXXI

LA MUERTE DEL EMPERADOR NICOLÁS

Todas las angustias patrióticas y religiosas de Rusia se concentraban en el alma de su emperador, quien, así como todo el pueblo ruso, consideraba la guerra contra los turcos y sus aliados como un deber sagrado, como la lucha de la Cruz contra la Media Luna. Las pruebas por que pasaba la *Santa Rusia* condolían su corazón, y sufría igualmente como hombre, como soberano y como cristiano. Un reinado de treinta años, que hasta entonces no había sido más que una serie de brillantes triunfos, terminaba con catástrofes.

Diplomáticas ó militares, todas las previsiones del emperador Nicolás acababan de quedar frustradas por los acontecimientos. El tsar contemplaba con asombro la Europa y no la reconocía. Había creído que el reinado de Napoleón III no sería más que una dictadura efímera, mal acogida por las potencias, y este soberano dirigía contra Rusia el concierto europeo.

Había tenido la convicción de que era imposible una alianza entre los vencidos y los vencedores de Waterloo, y veía producirse una inteligencia cordial entre Inglaterra y Francia.

Había creído que, salvado por él en 1849, el emperador de Austria le sería siempre fiel, y este monarca, aliado diplomático de las dos potencias occidentales, le había obligado á evacuar los principados danubianos, que en otro tiempo se hallaban bajo su protectorado.

Había contado con la fidelidad absoluta de su cuñado, el rey de Prusia y de las potencias secundarias alemanas, á las cuales consideraba como vasallos, y su neutralidad era más favorable á Francia y á Inglaterra que á Rusia.

Había creído que las tropas turcas no resistirían á las suyas, y en todas partes las primeras opusieron la más enérgica resistencia.

Se había persuadido de que un desembarco en Crimea, en la segunda quincena de septiembre, era cosa imposible, y el desembarco se verificó sin dificultad.

Pasando así de una sorpresa á otra, y por una serie de amargas decepciones, el tsar estaba profundamente triste; mas en esta tristeza no había debilidad ni desánimo ni remordimientos. Todos se decían que si Sebastopol caía, el emperador no por eso perdería su energía: *Impavidum ferient ruinae*. La fortuna le era contraria; pero resistía sus golpes con indomable tenacidad. Convencido en

su alma y su conciencia de que era defensor de la civilización cristiana contra la barbarie turca, nada se echaba en cara, ni se arrepentía de cosa alguna. Parecía que Austria, asombrando al mundo por su ingratitud, cometía una falta y un crimen, y sentía más enojo contra el emperador Francisco José que contra Napoleón III. La neutralidad de los pequeños Estados alemanes, sus clientes de otro tiempo, era, á su modo de ver, una especie de rebelión. Los soberanos de Europa no eran ya á sus ojos más que revolucionarios y renegados, y estaba convencido de que su profunda indignación era una santa cólera.

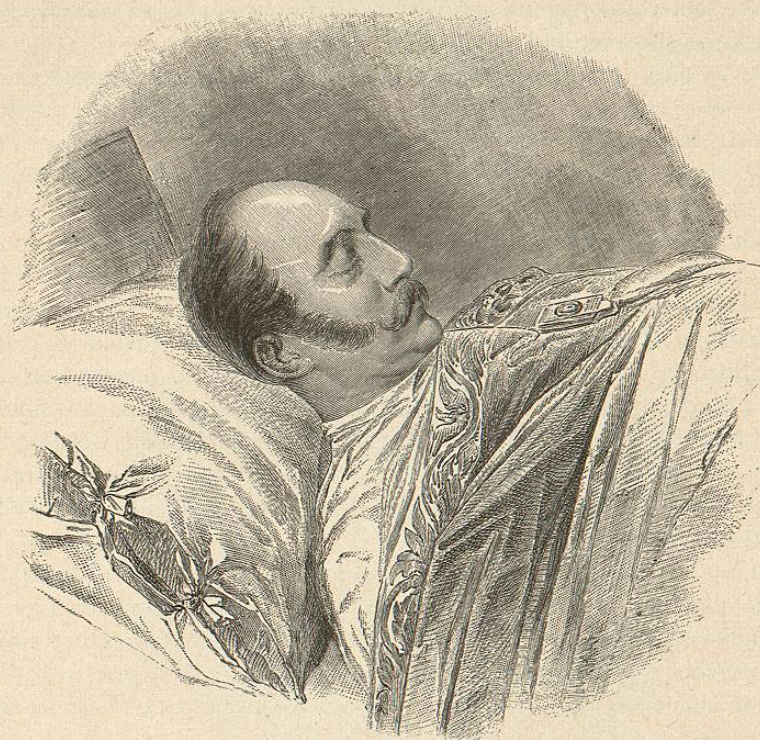
Mientras que París, más animado y más brillante que nunca, no interrumpía ninguna de sus distracciones acostumbradas, pensando en los esplendores próximos de su Exposición universal, la ciudad de San Petersburgo, lúgubre y sombría, estaba sumida en la más profunda tristeza. El tsar habría creído censurable dar fiestas cuando su pueblo sufría tan cruelmente. Día y noche, el inflexible monarca no tenía más que una idea fija: Sebastopol. Había enviado allí á dos de sus hijos, el gran duque Nicolás y el gran duque Miguel, que se portaban heroicamente, y á pesar de los rigores del invierno, mandaba también á toda prisa cuantos refuerzos tenía á su disposición. «Veó con placer, escribía al príncipe Menchikoff en 23 de noviembre de 1854, que no se ha desvanecido tu esperanza de salvar Sebastopol, y que el espíritu de heroísmo y de audacia que anima á nuestros soldados parece acrecentarse con la intensidad del peligro. Sería un crimen dudar de ello, y sin embargo, mi corazón late con mucha fuerza al leer esos relatos. ¡Cuánto quisiera volar hacia vosotros y compartir vuestra suerte en vez de atormentarme aquí con incesantes temores! No puedo menos de llorar al leer lo que mis hijos me escriben y lo que Stürler me refiere de los marineros. ¡Esos sí que son héroes!»

Nueva carta el 27 de noviembre: «Te doy gracias, querido Menchikoff, por la prisa que te has dado para tranquilizarme, pues la falta de pólvora me infundía vivas inquietudes. Según lo que me dices, no cederemos en nada al fuego enemigo, si vuelve á comenzar con la misma fuerza, como debe esperarse.»

Las hostilidades habían aflojado un poco por causa del invierno, que más fuerte que los hombres hacía casi caer las armas de sus manos; pero la lucha iba á comenzar de nuevo más terrible que nunca. El emperador Nicolás creía ahora menos que antes en el próximo fin de la guerra. «No espero la paz, escribía al príncipe Menchikoff el 7 de febrero de 1855. Es indispensable reunir todas nuestras fuerzas para agobiar al enemigo en Crimea. Todo cuanto te podría enviar como refuerzo está ya en pie ó en marcha. Con el todo reunido, dispondrás de un número de soldados suficiente para rechazar al enemigo. Bien conozco el valor de las tropas y de los jefes. Todo lo pasado demuestra que mi esperanza no es vana. ¡Que Dios haga lo demás!»

Bien se ve que el emperador Nicolás no estaba ni abatido ni desanimado. Para fortalecer su alma no dejaba de pensar en su hermano el emperador Alejandro, de gloriosa memoria, y en el ejército de 1812; pero seguía las diferentes

peripecias de la lucha con emociones que alteraban su salud á fuerza de ser dolorosas. Entre San Petersburgo y Sebastopol no había comunicaciones telegráficas; de modo que las noticias llegaban lentamente, con frecuencia confusas y contradictorias y desmentidas por los informes que se recibían de diversas capitales. El tsar pasaba por alternativas de esperanza y de temor, de entusiasmo



Nicolás I en su lecho mortuario

y de duda, que hubieran quebrantado un alma menos bien templada que la suya. A pesar de su extremada energía y de su constitución robusta, no podía desechar, en cuanto le concernía personalmente, presentimientos sombríos, y aunque no contase todavía sesenta años (había nacido el 6 de julio de 1796), creía muy próxima su muerte. «He llegado á la edad y pasado del número de años, decía, que Dios concede á los de mi raza.» Sin embargo, á pesar de las profundas penas que le minaban, cumplía sus deberes de soberano con mayor solicitud y celo.

El 21 de febrero de 1855 había anunciado que pasaría revista á las tropas que marchaban á Crimea. Aquel día le aquejaba una afección gripal con algo

de fiebre, y hacía muy mal tiempo, siendo el frío más glacial aún que de costumbre. El médico conjuró al tsar á no salir de palacio si no quería exponerse al más grave peligro. «Doctor, le contestó el soberano sonriendo benévolamente, pero con tono imperativo, habéis cumplido con vuestro deber; dejadme ahora cumplir con el mío.» Salió, pues, montó á caballo, y pasó la revista tan tranquilo y majestuoso como de costumbre. Al regresar á su palacio de invierno sintióse sobrecogido de estremecimientos; y era que el mal acababa de agravarse de una manera terrible.

Se ha dicho que el emperador Nicolás, desesperado por el estado de cosas en Crimea, había ido voluntariamente á buscar la muerte, á fin de acabar con una existencia que había llegado á ser un suplicio; mas no lo creemos. Si á pesar de sus padecimientos se había obstinado en pasar la revista, era porque él, que con frecuencia había sido duro para los otros y lo era para sí mismo, quería dar el ejemplo. Sabía muy bien cuánto debían sufrir sus soldados; no ignoraba nada de las largas marchas de Norte á Sud, durante las cuales tantos hombres, mal alimentados, rendidos de cansancio y helados de frío, quedaban en el camino; y no se le ocultaban, en fin, las peripecias formidables de la lucha en Sebastopol. Para él era un vivo dolor verse obligado á permanecer en su capital á fin de no abandonar las riendas de su inmenso imperio; pero si no podía compartir en Crimea los padecimientos y los peligros de sus tropas, quería, por lo menos, no sustraerse en San Petersburgo á ninguna molestia y probar á sus servidores que ni siquiera le ocurría la idea de cuidar de su salud por alterada que estuviese.

El tsar había empeorado ya mucho cuando recibió la noticia de que el ardimiento imprudente del general Khronlef se había estrellado contra las murallas improvisadas por los aliados de Eupatoria. Este nuevo descalabro ocasionó al emperador una pena que no pudo resistir, y el 28 de febrero el peligro llegó á ser inminente. El 1.º de marzo se declaró la parálisis de los pulmones, y con esto se perdió toda esperanza. El médico, cumpliendo con su deber, anunció á su señor que no debía confiar ya con nada en la tierra; el autócrata trató un instante de resistir á su destino é imponerse á la agonía; mas después de aquel esfuerzo supremo, el soberano tan poderoso en otro tiempo no fué más que un cristiano tranquilo y resignado. No queriendo engañar á su pueblo, ni menos á sí propio, envió á Moscou, á Kiew y á Varsovia un parte que contenía estas sencillas palabras: «El emperador está moribundo.» Mandó luego llamar á sus principales consejeros, el conde Orloff, el príncipe Dolgorouki y el conde Adelsberg, y les recomendó á su hijo, el tsarewitch, que debía reinar con el nombre de Alejandro II. «Quisiera, dijo á este príncipe, dejarte un imperio bien ordenado y pacífico; pero la Providencia lo ha dispuesto de otro modo, y lo único que puedo hacer es orar por Rusia.» Después ordenó que se dieran gracias á sus generales, á su guardia, á su ejército y á todos los defensores de Sebastopol. Cuando hubo recibido los últimos sacramentos, rogó á la empera-

triz que le recitase la oración dominical; y al pronunciar aquélla las palabras «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo,» el emperador exclamó: «¡Siempre, siempre!... Y ahora espero que Dios me abrirá sus brazos.» Luego



El conde Orloff

ordenó que entrase todo el personal de su casa, incluso la servidumbre, para despedirse, y todos comenzaron á llorar. Era el viernes, 2 de marzo de 1855, y por la mañana el emperador de todas las Rusias entregaba su alma al Soberano Juez.

En París no se conocía siquiera la enfermedad del tsar, cuando en la mañana del 3 de marzo, al abrir el *Moniteur*, se leyeron los telegramas siguientes:

«Koenigsberg, 2 de marzo. — El emperador Nicolás está gravemente enfermo; se le han administrado los sacramentos, y se ha despedido de la familia imperial.»

«La Haya, 2 de marzo. — El emperador Nicolás ha muerto esta mañana á las diez, á consecuencia de una parálisis del pulmón. La reina ha recibido la noticia á la una.

»Un telegrama de Berlín confirma la noticia de la muerte del emperador Nicolás.»

Al saber esta imprevista noticia, en la bolsa de París hubo un alza de cerca de cinco francos sobre la renta francesa; pero esto no era un insulto, sino un homenaje á la memoria del tsar, pues demostraba hasta qué punto se le temía. Después de su muerte, la paz era, si no segura, por lo menos posible; sabíase que, mientras él viviese, Rusia no hubiera cedido jamás, y que aunque la hubiesen invadido todas las potencias de Europa, el emperador, acordándose de 1812, habría resistido.

La noticia de la muerte del tsar llegó á conocimiento del general Canrobert y de lord Raglan en la noche del 6 de marzo; los defensores de Sebastopol lo ignoraban aún, y el 7 un parlamentario francés la comunicó al jefe del ejército ruso, quien la guardó secreta hasta el momento en que fué confirmada de San Petersburgo. Entonces puso en la orden del día el siguiente rescripto, enviado por el nuevo tsar, Alejandro II: «En el duelo profundo y general ocasionado por la muerte de nuestro bienhechor, sírvanos de consuelo el valor verdaderamente ruso con que las tropas que están á vuestras órdenes hacen frente al enemigo y se oponen á sus empresas. Dad gracias en mi nombre á todos los heroicos defensores de Sebastopol por las gloriosas hazañas con que han ilustrado las páginas de nuestros anales militares. Habiendo pasado á la vida eterna, el jefe supremo de los guerreros ortodoxos bendice desde las alturas su firmeza y su intrepidez sin iguales.»

Francia, que sabe hacer justicia á sus adversarios, tan sólo tuvo palabras de respeto para el soberano á quien Europa había considerado durante tantos años como su árbitro, y que digno heredero de Pedro el Grande, había sido, á pesar de recientes reveses, el continuador de su pensamiento y de su obra.



Alejandro II, emperador de Rusia